

Un llamamiento a la sumisión

Lo pasmoso es la mansedumbre y la sumisión al poder de quienes deberían ser los primeros en impugnar sus desmanes



El escritor Albert Camus.
©RENE SAINT P (RUE DES ARCHIVES)



JAVIER CERCAS

03 FEB 2024 - 05:40 CET

🕒 f X in 🔗 210 🗨

He aquí las dos reglas básicas del intelectual de izquierdas (si el Gobierno es de izquierdas) y del intelectual de derechas (si el Gobierno es de derechas): 1. El Gobierno siempre tiene razón. 2. Si el Gobierno no tiene razón, rige la primera regla.

Exagero, pero poco.

La expresión “intelectual independiente” es un [pleonismo](#): un intelectual no independiente no es un intelectual; pero, entre nosotros, parece casi un [oxímoron](#): un intelectual independiente es un perro verde, o poco menos. Aquí, salvo excepciones, el intelectual tiende a ser un idiota etimológico (“idiotés” significa en griego quien se desentiende de la política) o un capataz del poder; así que, si alguien osa rebelarse contra el poder, no digamos si incita a rebelarse a los demás, el idiota se hace el sueco —no vaya a ser que alguien se moleste—, pero el capataz reacciona como sus homólogos de las plantaciones algodoneras de Virginia cuando oían refunfuñar a los esclavos: “Pero ¿cómo podéis quejaros, ingratos? ¿No coméis y bebéis y dormís bajo techo? ¿No os dais cuenta de que sois unos privilegiados? ¿Qué más queréis?”. Es lo que ocurrió hace poco cuando un escritor de izquierdas osó llamar a la rebelión contra un Gobierno de izquierdas que engañó a sus votantes, empezando por él mismo, y contra el envilecimiento de la política: mientras llovía sobre el díscolo un diluvio difamatorio, destinado a amedrentarlo, los capataces de izquierdas se apresuraron a recordarle que era “un privilegiado” y que su deber consistía en “disolver motivaciones negativas”; claro que sí: es un privilegio que te engañen, y lo que debes hacer, en vez de protestar, es disolver motivaciones negativas, dar la razón al amo y exigir que la gente siga recogiendo algodón. En cuanto a los capataces de derechas, reclamaron al insumiso que, de rodillas y sollozando, pidiese perdón por haber votado a la izquierda, lo culparon por haber sido engañado, lo trataron de tonto del bote por seguir siendo de izquierdas y no citaron a un humorista francés (“Cada día está más difícil votar a la izquierda, sobre todo si eres de izquierdas”) porque su indignancia argumental es virtualmente ilimitada. Entendámonos: al intelectual le entusiasman los llamamientos a la rebelión, pero al de izquierdas sólo le entusiasman si los hacen los suyos contra las tropelías de los gobiernos de derechas y al de derechas sólo si los hacen los suyos contra las tropelías de los gobiernos de izquierdas. “¿Qué es un hombre rebelde?”, se preguntó [Albert Camus](#). “Es un hombre que dice no”. Pero decir “no” no es decir “no” a los otros, a tus adversarios: eso es a menudo una forma de gregarismo, porque es decir “sí” a los tuyos; decir “no” de verdad es decir “no” a los tuyos cuando se equivocan o crees que se equivocan, o cuando cometen un atropello o crees que lo cometen. El riesgo, claro está, es ganarte el rechazo de todos; el riesgo es la soledad, el ostracismo: convertirte en el enemigo del pueblo. Por fortuna, entre nosotros el intelectual no corre casi nunca ese riesgo. Es verdad que, a

veces, parece criticar al amo; pero no hay cuidado: es para salvar la cara, y o bien sus críticas son tan crípticas que nadie nota que son críticas, o bien son halagos disfrazados de críticas, que son los mejores halagos. En realidad, el intelectual como es debido se dedica ante todo a disolver las motivaciones negativas que provoca en la ciudadanía el ejercicio del poder de los suyos. Es decir, a ejercer de capataz.

Mal rollo: lo raro no debería ser rebelarse contra el engaño, la vileza y la injusticia, vengan de donde vengan; lo raro, lo pasmoso es la mansedumbre, el aborregamiento y la sumisión al poder de quienes deberían ser los primeros en impugnar sus desmanes y en cambio se aplican a urdir, como dice [Noam Chomsky](#), las “ilusiones necesarias” para justificarlos. Aunque quizá no sea tan pasmoso; quizá para entenderlo baste con recordar aquella verdad escalofriante formulada por el Gran Inquisidor de Dostoievski en [Los hermanos Karamazov](#): “Para el hombre no hay preocupación más constante y atormentadora que la de buscar cuanto antes, siendo libre, ante quién inclinarse”.